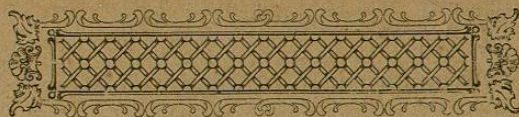


es el pueblo: verdad escrita con caracteres de indeleble sangre en Covadonga y en las Navas; verdad que como estrella sin ocaso resplandece siempre sobre las agujas góticas de las catedrales de Sevilla y Toledo; verdad que acariciaron nuestros esforzados padres, cuando sin darse punto de reposo buscaban entre los jardines orientales de la hermosa Andalucía, guiados por el lábaro de la fe, aquellos nidos de flores en que Virgilio puso sus elíseos y el árabe encontró sus edenes, y el cristiano viera hoy su paraíso si no lo buscara en el cielo; verdad que se levanta como eterno incienso del fondo de nuestros campos; que resuena como la voz de Dios en el sepulcro de nuestros mayores; verdad que es el sentimiento más vivo de nuestros corazones; verdad escrita en nuestra agradecida memoria, con símbolos que se llaman Viriato, Pelayo, el Cid, San Fernando; verdad que es la ley de nuestro Evangelio, el principio y el fin de nuestra Historia, el alma sagrada é inmortal de nuestra patria.

(Del discurso pronunciado ante el Jurado el día 20 de Mayo de 1856, en defensa del periódico *La Democracia*.)

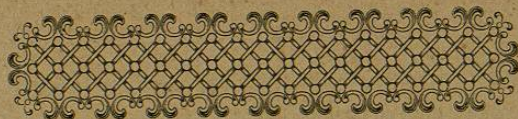


VI

CONFIESO, señores magistrados, haber cometido un dislate hablando de aquello que nos separa, mientras los objetos circunstantes me solicitan todos á decir algo de aquello que nos identifica. Permitidme que, venido de lejos, sin más título que un corazón, como los vuestros, leal y honrado; sin más móvil que un patriotismo puro y ardiente; al verme aquí, en Zaragoza, la ciudad santa, la ciudad bendita, la ciudad sin cuyos sacrificios acaso no tendríamos independencia, siendo la más hermosa nación de Occidente la Polonia del Mediodía; permitidme que, al pisar esta tierra cubierta con las cenizas de tantos héroes, al respirar este aire que ha llevado al seno de Dios las al-

mas de tantos mártires, salude á Zaragoza, como el hijo recién llegado al hogar saluda de rodillas á su madre, la venere y adore como la personificación de todo aquello que hemos adorado sobre la faz del planeta en la carrera y discurso de la vida, desde los templos hasta los sepulcros, y que olvidado de todo cuanto nos divide, os acerque á todos, acusador y acusado, jueces y reo, tribunal y público, en el sentimiento que á todos nos confunde sobre este suelo sacratísimo, en el amor sublime de la patria.

(Del discurso que pronunció en Zaragoza el año de 1858.)



VII

Y después de esto, el Sr. Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en su discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedía con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sabios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Montano, el Broncense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de los Querellas, del Laberinto, del Quijote; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderón; en que nuestros pintores arbolaban los cuadros históricos de Velázquez, los penitentes de Rivera, los Cristos de Morales, las Vírgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el con-